

A PROPOSITO DE UNAS CONFERENCIAS...

“Aclaraciones” y comentarios de “La Verdad”

Por RAFAEL GAMBRA

“La Verdad”, Hoja Parroquial de la Diócesis, dedica una página de su pasado número del 12 de enero a comentar y “aclarar” varios párrafos de mi intervención en el acto del Carlos III el 29 de diciembre. Opto por contestar a estas alusiones desde EL PENSAMIENTO NAVARRO y no en la propia Hoja usando del derecho de réplica, no porque desconfíe de que tal réplica fuera incluida, sino porque el carácter semanal de esa publicación distanciaría mucho los términos controvertidos.

En el primero de los párrafos transcritos en ese comentario me refería yo a una Hoja Parroquial que se había convertido “en avanzada de la Revolución, sacrilegamente bajo el nombre de LA VERDAD”.

“La Verdad” afirma paladinamente, como respuesta, que “todo cristianismo es revolucionario”. (Ya se sabe, Cristo, el Cordero de Dios, fue un revolucionario.) “La Verdad” intenta ignorar el concepto de Revolución en el sentido que inició la Revolución Francesa y culminó la rusa y la china; es decir, el sentido en que emplearon el término todos los Pontífices de la historia. “La Verdad” sirve a la única verdad —según su comentario— porque acepta el magisterio de la Iglesia y “opina en todo lo que no es dogma de fe”.

Lo de “sacrilegamente” dice que no sabe “a qué viene”, puesto que “La Verdad” es un órgano oficial de la diócesis al servicio de la pastoral del Arzobispo”. (Espléndida razón: por lo visto, los órganos oficiales de las diócesis no pueden cometer sacrilegio hagan lo que hagan o digan lo que digan. Es como decir que los Tribunales de Justicia, por serlo, no pueden cometer injusticia.)

Explicaremos a “La Verdad” de que sacrilegio se trata: difundir opiniones revolucionarias, subversivas y disolventes bajo la capa de lo sagrado, de la Religión que se dice servir. Eso es sacrilegio.

A las demás frases mías que cita, “La Verdad” responde sin ningún argumento de autoridad; no dogmáticos, sino extradidos casi exclusivamente de las declaraciones conciliares del Vaticano II. Al parecer —y como ya he indicado en otro lugar— cuando revolucionarios y pro-marxistas se amparan bajo la capa eclesial se vuelven automáticamente mucho más dogmáticos e infalibilistas que cuanto hayan podido reprochar antaño a los católicos. Nadie ha pretendido que las Declaraciones de un Concilio —máxime de un Concilio expresamente “pastoral”— constituyan verdades dogmáticas. Y la propia “La Verdad” acaba de afirmar líneas más arriba que “opina en todo lo que no es dogma de fe”. Por lo visto esta libertad de opinión concierne sólo a los “órganos oficiales de una diócesis”.

El Magisterio Ordinario de la Iglesia (encíclicas incluidas) debe aceptarse con reverencia por los católicos y suponerse en ellos, en principio, una cierta inspiración del Espíritu Santo. Salvo —naturalmente— cuando los documentos se contradigan entre sí —o cuando uno contradiga al conjunto de los demás—, cosa que no sucede entre las verdades definidas como de fe. Aceptar eso entrañaría una negación del principio de contradicción, y los católicos hemos supuesto siempre que la razón —y sus principios más generales— no han sido dados directamente por Dios en nuestra naturaleza racional, más directamente que la misma revelación. O lo que es lo mismo, que lo que ha de creerse nunca puede ser irracional ni contradictorio.

Si cualquier lector se toma el trabajo de leer,

por ejemplo, la encíclica “Pascendi” de San Pío X, y lee a continuación la “Populorum Progressio” de Pablo VI y sus alocuciones ante la ONU y en su viaje a la India, podrá darse cuenta —con la claridad de la evidencia— que se oponen entre sí, no sólo en su espíritu, sino en el contenido concreto de sus afirmaciones. Si nuestros amigos, los detentadores diocesanos de “La Verdad”, tienen duda sobre ello, me presto a ofrecerles en estas mismas páginas una contraposición de párrafos diversos de uno y otro documentos. Esto no engendra ninguna duda, en un católico formado, porque no atañe a verdades de fe. Yo, por mi parte, prefiero en la necesidad de opción inclinarme por el documento que está en consonancia con el magisterio pontificio de todos los tiempos, que no contradice a ningún predecesor, es decir, por la “Pascendi” de San Pío X.

Es posible que nuestros adalides “progresistas” de “La Verdad” repliquen que lo que fue verdadero en otras épocas no lo es ya en la nuestra, que los tiempos y las “necesidades humanas” han cambiado con el progreso. Lo cual supondría que no existen verdades absolutas —que afirmaciones o condenaciones sólo tienen un valor relativo y circunstancial, plenamente revocable. Que, por lo mismo, la Jerarquía debe abstenerse de condenar y de dogmatizar. Tal es la teoría de la evolución dialéctica de la verdad, que comparten hoy los progresistas con los hegelianos y marxistas, sus inventores. (Tal vez debiera titularse nuestra Hoja Diocesana “La Verdad Dialéctica”, con lo que su vetusto y superado título resultaría muy *aggiornado*.)

Al defender esta teoría evolutiva desaparecería por ello mismo toda noción dogmática e, incluso, la misma religión como re-ligación de este mundo con otro sobrenatural, inmutable. Por supuesto, la jerarquía episcopal y papal se jubilaría automáticamente puesto que el proceso evolutivo de la Historia se gobierna por sí mismo, con necesidad lógica o económica, sin que necesite pastores ni guías, ni, mucho menos, guardianes de la verdad.

Al final de su comentario, “La Verdad” encuentra casi calumniosa mi afirmación de que es muy frecuente que padres que envían confiadamente sus hijos a un colegio religioso los vean convertidos en “hippys, marxistas o invertidos”. Los padres de familia que esto lean juzgarán sobre la realidad o irrealidad del fenómeno. El propio equipo redactor de “La Verdad”, surgido del más alto centro educador de la diócesis, es una buena prueba del aserto a juzgar por la dirección que imprimen a la Hoja parroquial, y también por la que más de uno de sus directivos ha imprimido a su propia vida, para edificación y ejemplo de los diocesanos. Por lo demás, digo expresamente que el caso no es general, sino muy frecuente, y no niego que el mismo caso pueda darse en otros medios, incluso en el propio medio familiar, harto corrompido hoy por el ambiente que se ha creado.

En fin, “La Verdad” cita con escándalo (?) una última frase mía: “Salvar la fe de nuestros hijos... aun en contra de toda la jerarquía civil y eclesial.” Según su redactor no es posible salvar la fe de nadie contra la jerarquía eclesial. Pero sí contra la jerarquía visible (que es lo que yo dije). Contra la jerarquía para ellos visible salvaron la fe de sus hijos los católicos españoles de la época visigótica-arriana... Salvo que el ordinario de esta diócesis haya cambiado la Historia...